

LA SAGA/GRAN FÁBULA DE L.B.

Santiago MORALES-RIVERA
Universidad de California-Irvine

Resumen:

Escrito en clave de humor, tema crucial en la trayectoria intelectual de Luis Beltrán Almería, el propósito de las siguientes páginas es doble: por un lado, retratar al personaje aquí homenajeado haciendo hincapié en su faceta de pedagogo, mayormente en sus primeros años como profesor de Teoría de la Literatura en la Universidad de Zaragoza, y, por el otro lado, avanzar de manera ligera y pedagógica algunas de las enseñanzas críticamente elaboradas en sus escritos, en particular *La imaginación literaria* (2002), obra seminal de las teorías beltranescas sobre la gran historia de la literatura.

Palabras clave:

Humor. Biografía. Educación. Simbolismo.

Abstract:

Written with humor, a crucial theme in the intellectual career of Luis Beltrán Almería, the purpose of the following pages is twofold: on the one hand, to portray the person honored here, emphasizing his role as an educator, mainly in his early years as a professor of literary theory at the University of Zaragoza; and, on the other hand, to present in a light and pedagogical manner some of the teachings critically elaborated in his writings, in particular *La imaginación literaria* (2002), a seminal work of Beltrán's theories on the great history of literature.

Keywords:

Humor. Biography. Education. Symbolism.

E hizo llover sobre mí maná para que comiese.

Quiero decir que me llovieron libros y más libros, innumerables libros de colores y tamaños varios. Recuerdo bien el título de dos: *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, de su admirado Bajtín, y *Verdad y método* de Gadamer. Los que me cayeron del cielo realmente, de la última balda de la librería, la que más cerca del techo estaba, respondían todos al mismo llamado: el 99% de lo que pienso lo aprendí de Bajtín —dijo— al tiempo de encaramarse sobre un alargado mueble repleto de objetos para bajarme algún texto del pensador ruso. Nunca supe qué libro o libros tenía en mente ofrecerme, antes del diluvio. El de Gadamer lo recuerdo porque, como yo, estaba ya abajo, al lado de la pantalla del ordenador aunque algo más centrado, mejor situado sobre el escritorio, pues a la vista estaba que lo había consultado alguien. Nadie se libró del eminente bombardeo, sin embargo. Ni el joven y generoso profesor, que, puesto en pie y brazos en alto, fue víctima de su torpeza al sacar de la estantería los libros con tan mal tino que recibió en la sien dos impactos seguidos; ni servidor, que alcanzó a rematar de cabeza otros dos o tres librazos desde un taburete que había frente al escritorio. Ni se libró tampoco la *Verdad* de Gadamer, que amortiguó la caída de *El marxismo* sobre el teclado del Macintosh, lo detuvo con la ayuda de un llavero, y me permitió retenerlo en primerísimo plano con el ojo diestro mientras con el rabillo del izquierdo me aseguraba de que no llovía nada más, aparte de los tochos que ya habían rebotado con fuerza contra el suelo. Al final, no sé por qué, aquel domingo de su casa me llevé un libro de tapas verdes y, en azul, escrito el rótulo *Lo bello y lo siniestro*, de Eugenio Trías. Era invierno y había empezado su cuenta atrás el último lustro del milenio. El profesor vivía al otro lado del más enciclopédico de los canales, el Canal Imperial de Aragón, cerca de la Cárcel y el Cementerio de Torrero, al término mismo del Paseo de otro profesor, Tierno Galván, si no me falla mi callejero zaragozano. Y yo, yo fui incapaz de entender nada. ¡Pero absolutamente nada! Por más maná *para que comiese* que hubiera caído sobre mí, quien abajo subscribe fue incapaz de entender ni digerir nada de todo aquello; ni de asomárselo a la boca siquiera ya que, y no quiero hablar de esto, en los años noventa yo vivía en

permanente estado de alarma, aquejado como estaba por imperiosos accesos de náuseas —de arcadas, sí— que nunca se transformaban en vómito porque no había nada de sustancia adentro todavía, nada de conocimiento, que el cuerpo ni el ánimo escuálidos de aquel muchacho pudiesen expulsar. Pan simbólico. Todo aquello no podía ser sino *pan simbólico* para un artista del hambre: «trigo de los cielos» que de seguro alimentaba, pero que a mí ni bola podía hacerse en ninguno de mis carrillos porque, al igual que el protagonista de *La náusea*, entonces yo andaba totalmente perdido, cuan Adán el primer domingo de mayo, Día de la madre en España, sin saber por dónde tirar, ni si tirar efectivamente para ningún lado. Así la recuerdo o la imagino aquella tarde en su casa hace hoy treinta años, al tiempo que caigo en la cuenta de otro libro, *El animal ladino* de Nicolás Ramiro Rico, que acaba de hacer llover sobre mí —aquí sí, figurativamente— el mismo profesor, ya catedrático y al filo del retiro, en su penúltimo escrito, un ensayo sobre los tres mismos ingredientes que me ayudan a evocar algunas de sus primeras enseñanzas: un poco de humorismo, otro poco de hermetismo y algo también de ensimismamiento o egotismo biográfico

El caso es que había atravesado de punta a punta la ciudad para compartirle la explicación que todo candidato que quiere optar a hacer el Doctorado en una universidad norteamericana debe presentar por escrito: la explicación de por qué invertir media docena o más de años especializándose en Literatura, precisamente, y, por qué, además, hacerlo al otro lado del Atlántico, en la —entonces y ahora— tan temida como admirada U.S.A., cuyo enorme mapa político el profesor tenía en su casa, colgado dentro de su estudio, en la pared justo de enfrente donde iba a suceder el estropicio bibliotecario. Al término de una clase, camino a su despacho en la facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza, el semestre pasado el profesor me había dejado caer esta posibilidad, la opción de hacer prácticamente otra carrera universitaria después de mi Licenciatura y, con suerte, enseñar en alguna universidad de aquel país. Yo, sin tener ni remota idea tampoco de que con aquella conversación de pasillo acababa de plantar en mi propio camino la semilla del éxodo, había decidido apostarle a eso. Y escribí mi declaración de propósitos, mi *Statement of Purpose* para solicitar la

admisión al programa de doctorado en media docena de departamentos universitarios estadounidenses. Para entonces, naturalmente, yo no había leído todavía ni *El marxismo* de Bajtín ni *El capital* de Marx, y por supuesto no sabía tampoco —como aprendí luego de estos mismos autores— que lo que distingue la casa que construye un arquitecto del panal que hacen las abejas es que el arquitecto tiene un «proyecto» previo de la casa (choza o mansión), fruto de su imaginación puesta al servicio de sus anhelos, y la abeja no tiene más remedio que hacer panales. Pero aunque no supiera nada de esto, la «declaración de propósitos» que escribí respondió a un marxismo tan ortodoxo en principio como el que me habrían inoculado mis santos padres, la noche de un 6 de enero a mis cuatro o cinco añicos, cuando me desvelaron que los tres Reyes Magos son *papá, mamá y bolsillo*. En el escrito de marras, debí de sostener algo así como que en mi tierra natal no tenía porvenir alguno, ni de estudiante de doctorado becado ni mucho menos de futuro profesor empleado, mientras que en América, sí. Partía así, convencido, del materialismo vernáculo, el de que uno se gana el pan con el sudor de su frente y que, por lo tanto, hay que estar donde está el trabajo. Y terminaba mi declaración, a tientas y sin entender entonces nada del argumentario, apelando al «proyecto» mencionado, esto es a *imaginarme* los seis próximos años fomándome en lo que fuera y donde fuera con el propósito último de poder, ya saben, *ganarme el pan...* Pero este «pan», aunque hubiera germinado de la más vulgar de las semillas, no podía ser a la postre sino pan simbólico otra vez. Me explico. Semejante argumento —¡aquí no, en U.S.A. acaso sí!—, tan asertivo y esperanzador que el profesor me había dejado caer en los pasillos de la Facultad y que, a su vez, yo proyecté sobre mi solicitud indicando el porvenir —como Colón— en dirección a América, tierra resabida de utopías, no podía ser más un argumento realista ni materialista —mucho menos aún, marxista—. Debía ser pan simbólico, una vez más: trigo de los cielos, llovido ahora no tanto en forma de objeto libro sino de idea, de fabulosa ocurrencia, que de seguro me alimentó porque ¡para mi sorpresa! me aceptaron en departamentos de literatura a sendos lados de Norteamérica, en la Berkeley y en la mismísima Harvard, en la Universidad de Harvard, sí, adonde arranqué al año siguiente a hacer mis estudios graduados. «Menos retórica» —musitó el

profesor al despedirme desde el quicio de su puerta— y pon más cosas. Y me devolvió mi escrito —que metí dentro del mencionado libro de Trías— con una sola palabra corregida en rojo, **discursión*, por tratarse de un vulgarismo.

No fueron estas dos ocasiones, la del diluvio de libros en su casa y antes la del pasillo facultativo camino a su despacho, las únicas oportunidades que el profesor aprovechó para hacer llover sobre mí maná para que comiese. Hubo al menos dos más, anteriores a las que dirimieron mi salida — ¡mi particular éxodo! — de Zaragoza, y muchas, muchas otras ocasiones más después, en las que la carne y la sangre o, para que no haya malentendidos, el gesto o el aliento del generoso maestro se transustanció para mí en pan y hasta en vino; es decir, en sustento, en crecimiento, en porvenir. La ocasión más primitiva de todas, sin lugar a duda, fue bastante antes incluso de haberlo conocido, cuando una compañera del instituto de quien yo estaba colgadísimo me lo señaló entre una multitud congregada frente a la antigua Capitanía para protestar contra el anhelado gobierno del partido obrero o contra el servicio militar obligatorio o contra sabe Dios contra qué, y me sorprendió diciendo: ¿Pero no has conocido todavía a *Luisito*, enseña nocturno en nuestro instituto? Me sorprendió el cariñoso diminutivo; y no tanto porque al pronto me dieran celos del profesor —ya dije que estaba colgado de aquella hippy del Mixto IV— sino porque, al reparar en el susodicho, se me representó al más joven de los Karamazov. Tan menudo y encorvado su cuerpo, como el Aliosha que siempre me había imaginado. Y con su misma aura enigmática también, pero entonces, en aquel preciso instante de la manifestación, con un aire además medio grotesco porque, ladino y con cierta guasa, el profesor emulaba puño en alto el gesto de protesta de los congregados ante otro tipo con quien andaba marchando como queriéndonos hacer ver a todos: ¡Esto, compañeros, es cosa del pasado! La segunda ocasión, la que me lo presentaron de verdad y lo oí por primera vez en persona, fue dos o tres años más tarde, cuando el profesor enseñaba ya en la Universidad y mi compañera del instituto y yo éramos por fin estudiantes universitarios. Estábamos pegando carteles, iba a ser la Jornada por las Artes y estábamos revistiendo la Facultad de Filosofía y Letras con poemas manuscritos sobre gigantescas

pancartas. Con su habitual desparpajo, la hippy me lo presentó tan amorosamente como la vez que me lo señaló frente a Capitanía. Y, risueño, el profesor aceptó nuestra invitación a participar en la conferencia de profesores que habíamos organizado para discutir el tema designado aquel año para las Jornadas: «el amor y la revolución». Junto a distinguidos colegas suyos, como el poeta y filósofo José Luis Rodríguez García, el historiador del arte Guillermo Fatás y otro profesor de literatura inglesa de cuyo nombre no quiero acordarme, el entonces «prometedor profesor de Teoría de la Literatura» (según lo presentó otrora su *advisor* o directora de tesis, la doctora María Antonia Martínez Zorraquino) habló de Franco, y no necesariamente *en contra* porque su objeto de análisis fueron los bodegones y naturalezas muertas que pintó el dictador: «No solo fue el Generalísimo un artista» —dijo— «sino *todo un artista*» —remató— sin que el histórico catedrático del arte en el Aula Magna y nadie probablemente entre toda la audiencia, con excepción tal vez de su amigo el filósofo, entendiéramos nada, pero absolutamente nada, de la perorata.

Una y otra vez, el profesor había hecho llover sobre mí y, creo también, sobre el resto de los participantes en la protesta popular idiopática frente a Capitanía y en los encuentros con el amor y la revolución en la Universidad, maná nuevamente. Quiero decir que, en sendas ocasiones, la mano afectuosa o la cálida voz del profesor se habían convertido en símbolo de algo y su persona me había dado que pensar, me había vuelto a *hacer pensar*. En la primera, porque el puño alzado, tan manifiestamente épico pero a contracorriente de la actitud incrédula de aquel personaje dostoiévskiano, a los ojos de cualquier viandante, participara o no de la santa compañía, componía una estampa, un cuadro de costumbres, desconcertante en grado sumo. Pues cuanto más reprendía, descreído, que levantar el puño así era cosa del pasado, más se me antojaba a mí que estaba el profesor alentando con su mofa el futuro y reivindicando entonces otro estado de las cosas, renovado y diferente al de la protesta misma y, por supuesto, diferente también al que todos los protestantes allá estábamos denunciando. Y en la otra ocasión, en la de su charla sobre los cuadros franquistas, fueron sobre todo sus palabras, más que los gestos del profesor, lo que me dio que pensar. Porque, a mi

entender ahora, aquella invectiva contra el asunto del amor y la revolución para el que nos convocaban tal año los juegos florales desbordaba las consabidas analogías entre, por un lado, los bodegones y naturalezas muertas, en verdad sórdidos y tremendos del triste pintor que era Franco, y, por el otro, las no menos tremendas maneras de conducirse del sanguinario dictador, simple emulador del infame Führer, asesino y artista también. Y, aparte de indicar cómo pudieran o no reverberar, en las obras de estos dos fascistas, los ecos de la estética sórdida de Solana, la vanitas barroca de Valdés Leal y hasta las danzas de la muerte de la Edad Media, la diatriba del profesor alentaba también contra la interpretación miope o *sesgada* de las obras de arte, que solo las ve y las entiende como documentos históricos o, en el mejor de los casos, solo se detiene en observar su belleza o fealdad, sin reparar en que toda creación artística atraviesa la categoría de lo estéticamente bello y lo políticamente siniestro y se adentra siempre en el escurridizo terreno del pensamiento, de la verdad y el método, en definitiva: de la duda prolongada entre la imaginación y el conocimiento. Ahí fue nada. Y aunque huelga decir aquí que todo esto no son sino elucubraciones que me hago ahora para darle algún sentido a aquella incomprensible intervención del profesor en las Jornadas por las Artes, de entonces sí que me quedó grabada otra referencia bibliográfica, ésta a la obra de Manuel Sacristán, a cuyo entierro habría llevado una corona el profesor haría entonces media docena de años, según me dijo al salir del sarao: «Comprendí que lo que había escrito durante toda su vida fueron panfletos» —se dijo sobre todo a sí mismo— y marchó cabizbajo escaleras abajo de la empapelada Facultad, dejándome la duda de a qué parroquia habría predicado aquel sacristán.

Al semestre siguiente me inscribí en Teoría de la Literatura y me aficioné a la materia. Resulta que el titular de la asignatura apenas aparecía por clase y el profesor, siempre generoso, hacía las veces de sustituto habitual. Con cada una de las suplencias del profesor pude entonces adentrarme algo más en aquella suerte de extraña salmodia que había escuchado por vez primera cuando le oí hablar de Franco el Pintor. Acostumbraba a ir de lado a lado de la tarima frente a la pizarra y su caminar continuo y su perorar monótono tenían algo de efecto hipnótico, no aburrido y mucho

menos somnífero, sino «asexuado», en palabras de sus estudiantes féminas. Consultaba fichas apenas microscópicas y explicaba «pensamiento literario», tanto antiguo –sobre todo antiguo– como moderno, incluso rotundamente contemporáneo, de la más candente actualidad como el día en que invocó la peli *El club de los poetas muertos* para hacernos pensar en qué consistía el patetismo: ¡la heroificación! Para nada era amigo del sentimentalismo, no por azar a sus primeras publicaciones, impecables estudios lingüísticos sobre cómo se transparentan la voz y el pensamiento en el discurso novelesco, le sucedió luego toda una obra esencialmente crítica con el humor. Aunque tuviera esto en común con el autor de *La deshumanización del arte* y pensara también que los sentimientos saltan por la ventana cuandoquiera que la risa llama a la puerta, el profesor sí tenía corazón, un gran corazón como digo, solo que no lo cargaba encima porque a todos sus estudiantes nos latía que debía de tenerlo en los Estados Unidos. De otra manera no podía entenderse que nos remitiera tantas veces y con tanto lujo de detalles a aquel salvaje oeste, tierra para nosotros de gánsteres y vaqueros. «¿Saben qué libro encabeza este mes la lista de ventas en las librerías de Nueva York?» –soltó otra vez– «Pues *Oráculo manual y arte de la prudencia*» respondió acto seguido haciéndonos ver lo lejos que había llegado el jesuita aragonés y lo mucho que significaba todavía la suerte, el azar, en aquel país tan moderno y desarrollado. No sé por qué hube de sorprenderme entonces, al curso siguiente, cuando en el pasillo de la Facultad le escuché aquello de que en ¡U.S.A., sí!, en la tierra donde lucha el mérito contra la suerte, *acaso sí* tendría futuro con la literatura. Y es que el profesor había empezado a hacerse oír al otro lado del Atlántico, en la misma isla de Manhattan, entre lo más granado de los hispanistas allá. Fue a propinarles otra de sus inectivas, ésta sobre el pésimo estado de los estudios literarios en España, anclados en un historicismo rancio y anquilosado, pero tampoco les arrendó la ganancia a los pesos pesados norteamericanos. A la tan traída y llevada discusión en torno al canon literario, en boga nuevamente por aquel entonces después del éxito de ventas que también supuso el libro de Harold Bloom, el profesor debió de hablar en el Cervantes de Nueva York sobre una noción de canon tan utópica y extraña que, muchos años después, hispanistas en este país de la talla de Ángel Loureiro y Luis

Fernández Cifuentes todavía me habían de recordar aquella intervención del profesor en el corazón de la Gran Manzana. La memorable conferencia salió publicada en una revista titulada –no podía ser de otra forma– *Quimera*.

También echaba fuego por la boca, sin embargo: no todo era fábula y utopía. Como cuando tachó de *gentuza* a dos grupúsculos de personas muy diferentes entre sí. Los unos, le entendí decir frente al lugar del atentado, porque destruyeron la sucursal de una Caja de Ahorros que había dentro del campus. Rompieron los carteles y vidrieras de las puertas, entraron como Pedro I de Aragón por la ciudad mora de Huesca hace mil años, arramplaron con la caja, los ordenadores y lo que encontraron a mano, dejando a su paso, además del destrozo, el rastro de una pintada que debía de clamar algo así como LIBERTAD E INDEPENDENCIA. Los otros a los que hizo también objeto de su desprecio, y esto se lo oí decir la tarde que tocaba en clase el tema «poética y retórica», fueron precisamente los rétores, los académicos que más efusivamente habían reivindicado el estudio de la retórica, porque con su adiestramiento en los secretos de la persuasión literaria habrían hecho casi tanto daño al sueño ilustrado de la libertad y la independencia como los propios asaltabancos de la izquierda. De estas y otras filípicas debió de salir, por aquel mismo tiempo, su proyecto *Riff-Raff* (que en español significa algo así como «gentuza»), una revista de pensamiento y cultura. Y aunque, en el momento que las recibí, de la primera filípica no entendiera de la misa la mitad, porque ya dije que venía de un entorno donde si el pan se ganaba con el sudor de la frente, la libertad y la independencia se ganaban asimismo derramando sangre, y menos entendiera aún de la segunda, porque si tenía alguna esperanza depositada en la Universidad, ésta era la de que me enseñara a hablar y escribir bien, otra enseñanza seminal se me quedó de aquel largo adiós de mi *alma mater*. —Siempre te diré que la literatura proporciona una reflexión más profunda que la política y la filosofía —me dijo la última semana de clases, cuando ya sabíamos los dos que me marchaba a hacer las Américas, como algunos otros discípulos suyos. Y esa noche fui yo quien hizo llover sobre mí vino y panes a mansalva para celebrarlo. Sin que el profesor me acompañara, sin embargo, porque —ay— el profesor

apenas come ni desde luego bebe en lo absoluto. Pero hice mía, en cualquier caso, aquella melopea de la literatura, aquella cantinela acerca del valor que tiene la imaginación por encima de los preceptos filosóficos y de las más nobles causas. Y desde la distancia, con el charco de por medio, durante estos últimos treinta años no he dejado de exponerme a su lluvia de ideas, ácida a veces y otras, radioactiva. No he dejado de cobijarme contra sus pedradas trasatlánticas, que también las ha habido, paradójicamente al abrigo también de su obra y su larga sombra. Como si fuera una Biblia para ateos o, cuando menos, un mínimo evangelio para descreídos, desde que, a principios del nuevo milenio, viera la luz su monumental indagación en las leyes que rigen la *imaginación literaria*, la obra al completo del profesor ha recogido –o ha tratado de recogerlo– prácticamente *todo* en materia de literatura comparada. Y, por eso, su ambiciosa producción ensayística nos da a sus lectores para exponernos libremente a la intemperie, llueve o apedregue, y también para resguardarnos, para sentirnos a cobijo. Aquí luchan el amparo contra el desconsuelo, la imaginación contra el salvaje criticismo, y el campo de esta batalla es –una vez más– el corazón del profesor, su corazón generoso.

Nada más perder mi ingenuidad, la más antigua, la de todos los niños, y quedar sin la protección de los omnipotentes Reyes Magos, porque ya dije que aquella burbuja me la pincharon mis propios padres cuando iba a celebrar mi cuarto o quinto 6 de enero, se estrenó en Televisión Española la serie de dibujos animados francesa, *Érase una vez... el hombre*. Fue extraordinariamente popular en toda Europa y América Latina a comienzos de los años 80 y, al menos en mí, esta historieta tuvo un enorme impacto, no solo porque me enseñó a tomar conciencia –gran conciencia– con respecto al nacimiento de la vida natural en nuestro planeta y a la evolución cultural de la especie humana sapiens, sino también porque me echó un cuento muy alentador de las muchas cosas que podía llegar a hacer en el futuro cualquier niño, independientemente de donde hubiera nacido, haciendo uso de su sacrificio físico y su esfuerzo intelectual, por supuesto, pero también –y sobre todo– de su imaginación. Después de perder mi fe en el animismo primigenio, aquella serie televisiva de animación me sirvió de consuelo pero también de estímulo, de incentivo, porque me dio

aliento —pan simbólico nuevamente— para seguir creciendo en un mundo ilustrado, sin dioses ni reyes. Desde que empezó mi anunciado éxodo, quiero decir cuando salí de España, y la sensación de extrañeza —que en la adolescencia me había provocado tantas náuseas— se intensificó todavía más en el lejano y salvaje oeste americano, el profesor a su vez empezó a trabajar en otra serie no menos ambiciosa que la serie mencionada del educador y productor de origen polaco, Albert Barillé. Esta sobre todo para adultos, pero conservando la inercia misma que mueve las producciones para niños, como *Érase una vez... el hombre*, porque la serie de publicaciones del profesor partía también del principio de la reposición, de la necesidad de imaginar, para sobreponernos a nuestras pérdidas y orientarnos en un mundo sin dioses, ni reyes ni patrias siquiera tampoco. Publicó primero —como dije— apenas entrado el tercer milenio, un magistral ensayo sobre el inconmensurable dominio imaginario, que quince años más tarde amplió y mejoró en *Genus*, más otros muchos libros también, siempre a caballo de la historia natural y la cultural, la fabulación y la enseñanza, la actitud seria y la burlesca. Entre ellos quiero recordar aquí (su estudio crítico lo dejó para otra ocasión o para otros más estudiosos que yo) los escritos que el profesor dedicó a esclarecer la complejidad inherente a las formas simples o a los géneros menores, también los que se adentraron en las arenas movedizas de la novela y, de manera especial, los enormes esfuerzos que el profesor hizo por volver a contarnos la historia de la literatura desde un punto de vista que no fuera necesariamente ni el del viejo ni nuevo historicismo ni tampoco el de los llamados estudios culturales, tan populares donde servidor ha terminado haciendo carrera.

Para los que partimos de su entorno más cercano y formamos parte de esta suerte de diáspora privilegiada, el profesor ha hecho las veces de faro, que nos ha señalado sin falta de dónde veníamos, y también de atalaya, desde donde —lo supiéramos o no— nos supervisaba y admiraba hasta dónde llegábamos. Su obra, la larga lista de publicaciones en tantas temporadas que —como digo— no me queda espacio aquí apenas para enumerarlas, ha hecho para mí las veces —al igual que los dibujos animados de Barillé en otro tiempo— de consuelo pero también, y mayormente, de acicate, de

espolón o *gran fábula* de la que libar para seguir creciendo en un mundo empecinado cada vez más en estrellarse contra la realidad, contra la razón y la política, y sin embargo cada vez también menos estrellado, con menos estrellas –ni polares, como la de los Reyes Magos, ni invisibles– que nos guíen. No por azar el profesor, entre la casta de profesores escritores, se ha hecho un merecido lugar como sucesor en España, no solo o no tanto de su admirado Bajtín (el mismo que inició el cataclismo de libros y que luego ocupó tantas horas suyas más, porque el profesor reeditó en español gran parte de la obra del ruso) sino de los ensayistas –en mi opinión– más cuentistas y, en últimas, *fabulosos*. Como Walter Benjamin y sobre todo el autor entre otras muchas cosas de las *Seis propuestas para el próximo milenio*, el gran Ítalo Calvino, el profesor también ha puesto alma, corazón y vida en entender y explicar «la imaginación como realidad», es decir en demostrarnos que la imaginación es el eslabón que media entre la humanidad y la naturaleza. Y esta lección, esta premisa de vida, no se agota fácilmente en una docena de páginas ni desde luego puede reducirse tampoco al orden presumible de la política y la filosofía. Así como decía Nicolas Ramiro Rico de *El animal ladino* y el hermeneuta Paul Ricoeur de la noción de símbolo, dicha fórmula del profesor da que pensar: *da que pensar* y, de una u otra forma, ha de hacer llover a quienesquiera que se le acerquen maná, semilla, hierba o pan simbólicos para rumiar.